

En tanto, avanza la noche,
Y dulce, apacible y diáfana,
Aun rueda por el espacio
Febe, su disco de plata.



¿Qué ruido es ese? acaso
Del viento perdida ráfaga,
Que sobre las hojas secas
Las hojas secas levanta?

¿O lo forma por ventura,
De alguna ave inmensa el ala,
Que al huir veloz azota
De los arbustos, las ramas?

¿O es una enorme ceraste
Que cautelosa se arrastra,
Y entre malezas y abrojos
Los sueltos anillos pasa?

Nezahualxochitl, inquieta,
Vuelve el semblante azorada
Por todos lados, y ansiosa
Piensa en tornar á su casa.

Cuando distingue una sombra
Que con rapidez avanza,
Y se aproxima hácia ella
Temerosa y recatada.

¿Quién será? tiembla la jóven,
Y resuelta, al fin, escapa
Por una calle, mas solo
Unos breves pasos anda,

Cuando á su oído un acento
Llevó en sus ondas el aura:
«Detente un punto, detente,»
Oyó decir con voz clara.

Empero Nezahualxochitl
Cada vez mas asustada,
No camina.... corre, vuela,
De su hondo pánico en alas;

En un instante se acoge
Al dintel de su morada;
Mas oye pasos, y atónita
Volviendo hácia atrás la cara,

Mira que el bulto de un hombre,
De un tilmatlí¹ entre las anchas
Plegaduras embozado,
Casi toca á sus espaldas.

¹ A manera de capa que usaban los aztecas.

Y escucha á la par confusos
Ecos de humanas pisadas,
Y de voces que no lejos
Entre la sombra se enlazan.

Entonces la jóven grita,
Y á su clamor, angustiada
Contesta la voz de Nanche
Que del blando lecho salta.

—¿Qué ocurre, hija mía?

—¡Padre!

¡Venid, socorro!

—¿Qué pasa?

—¡Padre, mirad!....

Al reflejo

De las rutilantes llamas

De una tea, que el anciano
Lleva en la mano, se pasma
Nezahualxochitl, que súbito
Reconocen sus miradas

A aquel mancebo gallardo
Que en la selva solitaria,
Huía por un sendero
Entre dos verdes montañas.

Y baja el rojo semblante
En tanto que Nanche exclama:

—¿Quién eres?

—¿Quién soy?

— Tu nombre!

—¡Nezahualcoyotl!

Te llamas

Nezahualcoyotl? el hijo

Del gran monarca. Y enclava

Nanche en el rostro del príncipe

Sus pupilas dilatadas;

—¡Ah! sí..... ya te reconozco,

Tú eres mi rey, qué me mandas?

—No pierdas el tiempo, ¿tiene

Una salida excusada

Esta mansion?

—Sí por cierto;

—Pues la senda me señala

—Nezahualxochitl la sabe;

Mas ese rumor.....

—De Maxtla

Son las tropas que me siguen

¡Y soy muerto si me alcanzan!

—Pues corred, yo las espero,

Huid, aquí las aguarda

Mi lealtad, mi cariño
Y mi gratitud sin tasa,
Y que el hijo de Ixtlilxochitl
Con los altos dioses vaya.

Calló Nanche, y en lo oscuro
Vió desvanecerse rápidas,
Del príncipe y de la jóven
Las sombras como fantasmas.



Nanche, intrépido, á la puerta
De su mansion sosegada,
Mira á las tropas reales
Que llegan desordenadas.

Brilla á la luz de la luna
El reflejo de sus armas,
Y el gefe de ellas, mirando
A Nanche que las aguarda,

Deteniéndose soberbio
A no muy corta distancia,
Con fiero ademan altivo
De esta manera le habla:

—A ese traidor insensato
Vimos entrar en tu casa:
Ríndete pues, y á los míos
Enseña la puerta franca.

El rey tu señor, mi amo,
Así lo quiere y lo manda;
Paso, paso! y que se cumpla
Su voluntad soberana.

—Te equivocas, dice Nanche
Con aterradora calma;
Antes perezca mil veces
Que permitirte la entrada.

—¿Niegas que el príncipe infame
Tras ese muro se guarda,
Cuando con mis propios ojos
Lo he visto?

—No niego nada.

—Lo confiesas....

—En mi vida
Supe mentir.

—¿Y qué aguardas?

—No has de entrar en este asilo.

—¿Quiéres morir?

No me espanta

La muerte, cuando me alienta
La fé de una justa causa.

—Eres anciano.....

— Mis ojos

De ver la luz ya se cansan.

— Morirás entonces.

— Y antes

Que se cumplan tus palabras,

Hollarás cien y cien veces

Mi cadáver con tus plantas.

— Adelante.....!

— Atras.....!

La lucha

Desigual y sanguinaria,

A la faz de las estrellas

En un instante se traba.

La pica del noble anciano

Hunde al primero que avanza

La cabeza, y cae al suelo

Como una pesada masa.

Se exasperan los contrarios,

Se oyen mugidos de rabia,

Y el iztli¹ hiende el espacio

En las puntas de las lanzas.

¹ Pedernal.

De pronto Nanche vacila,
Se bambolea y se escapa
De su pecho hondo sollozo
Y con él envuelta su alma.

Sobre el cuerpo los esbirros
Unos tras los otros pasan,
Y los venerables restos
Aun palpitantes, ultrajan.

Entran las habitaciones,
Buscan, mas al fin no hallan
Al príncipe á quien creían
Asegurado en sus garras.

Y revolviendo furiosos,
Al campo otra vez se lanzan,
Como Coyotles¹ hambrientos
En las llanuras de Anáhuac.



La tibia luz de la aurora
Viste al oriente de nácar,
Y á los primeros albores
De aquella dulce luz blanca,

¹ Especie de chacales.

Se ve bajar la colina
 A una jóven que agitada
 Muestra en sus ojos la dicha
 Que sus tiernos labios cantan.

«No pierde un rey poderoso,
 Un rey nunca pierde nada,
 Si á sus iguales adora,
 Si con princesa se casa;

Y él es rey, y yo soy hija
 De Huitzilihuitl y Tiata;»
 Estos eran sus cantares,
 Estas eran sus palabras.

Alegre, gentil, risueña,
 La colina al fin traspasa,
 Cruza sus bellos jardines
 Y se detiene á la entrada

De su mansion..... algo ha visto
 De sombrío en lontananza;
 Algo de fúnebre y triste
 En las puertas y en las tapias.

Se le figura que el viento
 Solloza triste si pasa,
 Y que los árboles gimen
 Si el aire silba en las ramas.

¿En dónde están de su padre
 Las cariñosas miradas?

¿En dónde está la sonrisa
 Que sus labios dilataba?

¿Dónde los trémulos brazos
 Que no salen á estrecharla,
 Por aquella alegre puerta
 Tan muda y tan solitaria?

¿Por qué ante ella se detiene,
 Y tiembla y vacila, y anda
 Un breve trecho y al punto
 Se vuelve atrás asustada?

¡Ay! lo ignora, y decidida,
 Resuelta, convulsa, pálida,
 Entra, da un grito, y perdiendo
 Al fin su última esperanza,

Siente un vértigo espantoso,
 Siente un dolor que la mata;
 Cierra sus ojos, y rueda
 Por el suelo desmayada.....

.....
 Vió á Nanche, á Nanche tendido,
 Tintas en sangre las canas,
 E inmóviles las pupilas
 En donde acaso aun brillaba

Una chispa de fiereza,
De lealtad, de constancia,
Prendida en el cristal puro
De una postrimera lágrima.



50

ROMANCE V

LA EMBOSCADA.

Nezahualcoyotl, al cabo
De peligrosos empeños,
Y de sufrir donde quiera
Pesares y contratiempos,
De luchar con el destino
Siempre á su fortuna adverso,
Hora á hora, día á día,
Brazo á brazo, pecho á pecho,

51

De cruzar con sus dolores
 Los mundanales desiertos,
 En un futuro soñando,
 En un pasado muriendo,
 A Tenuchitlán potente
 Vuelve los ojos, y el cielo
 Un rayo de luz le envía
 Que calma un punto sus duelos.

Un átomo de esperanza
 A su corazon enérgico,
 Lleva una chispa que enciende
 Su sangre en llamas de fuego.

Se une á Ixcoatl, monarca
 Cuarto del coloso imperio,
 Y con otros poderosos
 Tributarios de su suelo,

Y al frente de un aguerrido,
 Bravo y numeroso ejército,
 Parte al fin contra el tirano
 Maxtla, que en el trono excélsa

No sospecha ni un instante,
 No presume ni un momento,
 Que en su fuerte y poderosa
 Diestra, vacile su cetro.

Y ordena á Mazatl, el bravo
 General de sus gerreros,
 Que prepare á la defensa
 La capital de su reino.

Y Mazatl la fortifica
 Lleno de vigor y aliento,
 Con hondos fosos por fuera,
 Con altos muros por dentro.

Y dentro y fuera, con rudos
 Brazos y animosos pechos
 Que esperan desesperados
 El instante del encuentro.



El fulgor de un bello día,
 Hermoso, puro y sereno,
 Inunda con luz brillante
 Murallas y campamentos.

Y quiebran la luz febea
 Con vario fulgor intenso,
 Los chimalis y escaupiles'
 De aquellos gefes soberbios.

JOSÉ PEON Y CONTRERAS.

De pronto se oye sonoro
Cruzar las ondas del viento,
El eco de un tamborcillo
Que el rey Ixcoatl toca diestro.

Y acometiendo furiosas
Ambas huestes, con violento
Empuje, en terrible instante,
Trábase el combate horrendo.

Nezahualcoyotl que goza
Al fin, dichoso y contento
Se vuelve á Mitl su criado
De honra y lealtad ejemplo,

Y le dice estas palabras,
Mientras esgrime altanero
El macuahuitl que en su mano
Brilla con fulgor siniestro:

«Ve y dile á Nezahualxochitl
Que no la olvido un momento,
Y en mi espíritu está siempre
Su imágen que reverencio.

Que no tema, que la gloria
Coronará mis esfuerzos;
Que los dioses van con migo,
Que de ellos el triunfo espero.

Dijo y lanzóse al combate
Entre el fragoroso estruendo,
Lleno el pecho de esperanza
Y henchida el alma de fuego.



Pasóse el día luchando
Con temerario denuedo;
El campo cubrió la guerra
De heridos mil y de muertos;
Y cuando el sol moribundo,
Con mortecinos reflejos,
Bañaba las pardas cumbres
De los volcanes enhiestos,
Nezahualcoyotl, altivo,
De lodo y sangre cubierto,
Retiróse con los suyos
Camino del campamento.

Ya asaltan á su memoria
Los pesares de otros tiempos;
Ya de su Nezahualxochitl
El cariñoso recuerdo;

De la lucha de aquel día,
Los peligros, los encuentros;
Y ya la muerte lamenta
De algun bravo compañero,
 Cuando de súbito sale
De un bosque añoso y espeso,
Un enjambre de soldados
Que le acometen violentos.

El príncipe se defiende
Como puede en tal momento,
Fiero y á morir matando
Con sus valientes resuelto.

Caen los suyos á tierra
En el combate sangriento;
De nada el brío le sirve,
De nada el valor supremo;

Que el numeroso enemigo
Como un círculo de hierro,
Los aprieta y los obliga
A perecer combatiendo.

De pronto, empero, se escucha
Rumor confuso, no lejos,
Y Nezahualcoyotl oye
La voz de Mitl, que corriendo

De su señor en socorro
Vuela al combate ligero,
Con los que á Nezahualxochitl
De escolta y guarda sirvieron.

Rompe Mitl las dobles filas
Que á su amo ponen en riesgo
De perecer, y á su lado
Llega, de esperanza lleno.

Al frente Nezahualcoyotl
Del vigoroso refuerzo,
Recobra el ánimo, y hiere
Cuanto se pone á su encuentro.

Huye al fin á todas partes,
Por intrincados senderos,
Espavorido y sin armas,
El enemigo disperso.

Y..... «¿cómo estás á mi lado,
Valeroso Mitl, qué has hecho
De Nezahualxochitl?» dice
El príncipe, sonriendo.

— Señor, uno de tus fieles,
Contesta Mitl al momento,
Seguro de que en la lucha
Te habrían al cabo muerto,